

“Señor, enséñanos a orar”

La oración de la Iglesia en tiempos de Jubileo

- ✓ La oración de Jesús
- ✓ La oración de María

1. La oración de Jesús

La oración no es una técnica, es un don, que nos concede Cristo. La oración cristiana tiene su fundamento, modelo, Maestro, descripción en la persona y en la vida de Jesús. Por eso la referencia a Él es fundamental para nuestra oración. Oramos porque Jesús oraba. Oramos desde la nueva condición de hijos de Dios que nos ha conseguido Jesús. Más aún, oramos incorporados a él. La doxología con que concluyen las plegarias eucarísticas expresa esto de una forma muy bella:

“Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios, Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén”

Los evangelios, sobre todo Lucas, nos ponen ante los ojos la imagen de Jesús como el gran orante al Padre. Educado por María y José, y habitado por el Espíritu había aprendido a orar.

Los evangelios nos dicen que la oración de Jesús puso en crisis la oración de los discípulos. Mirando a Jesús orar, se dieron cuenta de que ;no sabían cómo orar! Y esto es lo que sucedió: “Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar”” (Lc 11,1).

1.1. ¡Enseñanos a orar!

La oración de Jesús debió ser a la vez transparente y misteriosa: una oración en la que se podía ver algo hermoso, pero al mismo tiempo, se ocultaba un misterio profundo. El pedido de los apóstoles fue espontáneo: “Jesús, permítenos entrar en este hermoso misterio que se refleja en tus ojos y en tu rostro ;Jesús, enséñanos a orar!”

La intimidad de los discípulos con Jesús, les lleva a darse cuenta de que dedica largos tiempos a la oración, que de la oración sale transformado. Se van a atrever a pedirle que les enseñe a orar, pues ven que, en esa relación orante, Jesús saca fuerzas para vivir de un modo totalmente diferente, más libre, con más capacidad de amar.

1.2. Los ojos puestos en Jesús

Para saber cómo orar es preciso mirar a Jesús, hay que descubrir cómo vive, necesitamos asomarnos a su corazón para descubrir lo que lleva dentro.

El Nuevo Testamento nos ha conservado el gesto repetido de Jesús orante, algunas de sus oraciones y enseñanzas sobre nuestra oración. La oración es un hecho real de personas creyentes, antes que una noción o un mandamiento.

1.2.1. ¿Dónde oraba Jesús?

- *La oración de Jesús como judío*

Jesús era judío, pertenecía al Pueblo de Israel. Sabemos que todo judío estaba obligado a subir al Templo de Jerusalén tres veces al año, con motivo de tres fiestas, de la Pascua, de Pentecostés y de las Tiendas. Jesús niño subiría varias veces, a Jerusalén, acompañado de sus padres para rezar en el Templo, según prescribía la Ley de Moisés. El evangelista San Lucas, en los relatos de infancia, cuenta el episodio de los doctores del Templo. (Lc 2, 41ss).

Podemos suponer, que acompañaría a San José, desde la edad permitida, a rezar en la sinagoga. Más tarde, ya en su vida pública, los evangelios nos narran algunas ocasiones, en las que Jesús estaba en la sinagoga, (Mc 6, 1-6; Lc 4, 16-22), y enseñaba.

- *La oración de Jesús adulto*

Jesús va a establecer una gran novedad, respecto a la práctica judía, los verdaderos orantes no necesitarán del templo, de la sinagoga, de los lugares establecidos por la ley, para encontrarse con Dios (Jn 4, 19-24). En el diálogo con la samaritana, Jesús le explicará la posibilidad de orar a Dios, en cualquier lugar.

Jesús inaugura un nuevo tipo de oración, fuera de las construcciones especialmente dedicadas al culto. Va a causar una auténtica revolución cuando anuncie la destrucción del Templo de Jerusalén y cuando se identifica con el Templo. «*En tres días será reconstruido*», hablando de su resurrección. Desde el momento de la resurrección de Jesús, el lugar de encuentro con Dios se realiza en la Persona de Jesús. **Jesucristo es el verdadero templo, donde establecemos nuestra relación con el Padre.**

Los actos de Jesús eran acordes a sus palabras, por lo tanto, vemos que rezaba en cualquier lugar, pero especialmente en lugares solitarios. Sus discípulos estaban acostumbrados a encontrarle en estos lugares. (Mc 1, 35; Mc 1, 45)

A veces invitaba a sus amigos a apartarse con Él para hacer oración (Lc 9, 10). Le agradaba rezar en contacto con la naturaleza, en el huerto de los olivos, lugar habitual de la oración de Jesús. También subía al monte a orar (Lc 9, 28 ss).

1.2.2. **¿Cuándo hacía Jesús oración?**

Al igual que decíamos que Jesús rezó en los lugares designados por la tradición judía, también podemos decir que rezaba en los momentos prescritos por la ley, en el Sabat, en los días de fiesta, en las bendiciones, etc... El israelita creyente oraba tres veces al día.

Pero la oración de Jesús, según nos muestran los evangelios, era mucho más amplia, estaba extendida a toda su vida, más bien podríamos decir, que envolvía toda su vida. La oración de Jesús no se limita a unos tiempos y espacios concretos, sino que empapa toda su vida.

La oración acompaña todas las decisiones y acontecimientos de la vida de Jesús, los momentos decisivos de su vida:

Recorramos algunos momentos de los evangelios:

- Jesús ora pidiendo la fuerza para llevar adelante su misión, Lc3,21-22
- Cuando el éxito no es el criterio que rige una vida, sino que es el encuentro con el Padre el que centra la vida de Jesús, Lc 5,15-16.
- Oración prolongada de Jesús en la noche para preparar una decisión importante que va a tomar, Lc 6,12-13.
- Momento de oración de Jesús en el monte con sus discípulos, para que comprendan su misión como Mesías-siervo que entrega la vida, Lc 9,28-29.

- La vida nueva de Jesús está sostenida por una oración nueva, que trata a Dios como a amigo, y que anima el Espíritu Santo, Lc 11,1.5-12.
- Jesús ora de rodillas al Padre en los momentos decisivos de su vida. Pone el plan de amor del Padre por encima de cualquier designio propio, Lc 22,41.
- Antes de la multiplicación de los panes: Mc 6, 41
- Antes de la resurrección de su querido amigo Lázaro: Jn 11, 41
- En la última cena, en la despedida de sus discípulos, con la gran oración sacerdotal: Jn 17, 1ss
- Pidiendo fuerzas para cumplir la voluntad del Padre, en Getsemaní: Mt 26, 36-44
- Jesús ora por los enemigos, que le están destruyendo. Pone en manos del Padre, con un grito, su vida, Lc 23,34.46.

1.2.3. ¿Cómo hacía Jesús oración?

Jesús reza con total sencillez y espontaneidad, su oración brota del interior del hombre: Mt 11, 25: “Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra...” Nos invita a que oremos en «espíritu y verdad» (Jn 4, 21-24).

En su oración siempre se dirige a Dios como Padre. Jesús se relaciona con su Padre, lleno de confianza, al mismo tiempo que siempre dispuesto a la obediencia. Jesús para dirigirse a él utiliza una pequeñita palabra, recogida en la calle, del lenguaje que hablaban los niños. Curiosamente en el hebreo, lenguaje religioso, no estaba esta palabra aramea. Sólo la dicen los niños, como un balbuceo, para llamar a su papá.

Jesús llama continuamente «**Abba**» (**papá**) a Dios en la oración, dando a entender una intimidad y confianza inauditas. El Nuevo Testamento se escribió en griego; sin embargo, encontramos la invocación aramea «Abba» en el Evangelio (Mc 14, 36) y en las cartas de Pablo (Rom 8, 15; Gal 4, 6), usada en la oración cristiana como un eco de la plegaria de Jesús.

1.3. Experiencia de ¡su Abba”

Abba, para Jesús, más que un título, es una experiencia. No manifiesta sólo una concepción de Dios; es una manera de entenderse a sí mismo: si Dios es el Padre, Jesús es su Hijo. Jesús se comprende a sí mismo en total dependencia de Dios, del que todo lo recibe, y como total apertura a Dios: “*Mi alimento es hacer la voluntad del Padre que me envió*» (Jn 4, 34).

Jesús nos mostró al Padre, nos desveló el misterio porque se le ha manifestado como su Padre y le ha abierto el corazón. San Juan dice: “*A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado*” (Jn 1,18).

Ante la petición de los discípulos de que les enseñe a orar, Jesús responde a los suyos **enseñándoles a llamar «Abba» a Dios**, como él mismo hacía. Invita a los suyos a vivir su misma experiencia, a compartir sus sentimientos, a participar ellos también de su peculiar relación con su Padre. Ésta es la única ocasión en que no distingue entre «mi» y «su (de ustedes)» Padre, sino que se une a cada uno de nosotros para decir «**Padrenuestro**».

Si hacemos esta experiencia de filiación con el Padre, nuestra oración, como la de Jesús, se convertirá en una necesidad.

1.4. ¿Para qué ora Jesús?

- Jesús ora para **estar con el Padre**. Sólo él colma todo su ser. Jesús es orante por sí mismo. Vive la oración como realización constante y espontánea de su condición filial: Es el Hijo y

encuentra la expansión de su ser en su relación con el Padre. Esta relación la expresa por medio de la alabanza, acción de gracias, petición.

- Jesús ora para **acoger el plan de amor del Padre para toda la humanidad**. Con el Padre y ante el Padre, vive los momentos cruciales de su existencia: Padre, te doy gracias; Padre, pase de mí este cáliz; Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. No es cosa de un momento. Han transcurrido largas horas, noches enteras, en ese trato familiar.
- Jesús ora para **escuchar de labios del Padre las palabras de consuelo** profundo: “Tú eres mi Hijo, el amado”. “Yo estoy contigo”. Como todos los profetas, como María, como todos los que han sido invitados a vivir el proyecto salvador de Dios y a derramar sobre el mundo la misericordia entrañable del Padre.
- Jesús ora para **vivir la vida nueva de entrega eucarística; animado siempre por el Espíritu**. La oración de Jesús está profundamente arraigada en su obra apostólica. Ora en los momentos decisivos de la implantación de su reino: en el bautismo, en el tabor, en el desierto, en la elección de los apóstoles, por la fidelidad de Pedro, la oración sacerdotal, la oración del huerto.

1.5. Características de la oración de Jesús

Generalmente, Jesús reza en lo secreto, en el silencio, en la soledad. Su oración está identificada con la vida, es un gesto permanente, pero siempre nuevo y sorprendente, de total confianza.

Si quisiéramos analizar la oración de Jesús, podríamos distinguir, tres momentos progresivos que se traslucen de su actitud orante:

1º Es un **encuentro con el Padre**, ya hemos visto la importancia de llamar «Abba» a Dios, con todo el significado de cercanía, de gratuidad, de filiación.

2º En este encuentro **va descubriendo la voluntad de Dios sobre Él**, se da cuenta de su propia vocación, responde con la adhesión a la voluntad del Padre (Mt 26, 39).

Toda su vida es como un ir hacia el fin último, para el que ha sido enviado: la Cruz y la Resurrección.

3º Su estrecha relación con el Padre y el descubrimiento de su vocación **le impulsan a proclamar la Buena Nueva de la salvación**. Se identifica con su misión: proclamar el Reino (curar enfermos, cojos, ciegos, sanar a los pecadores, etc). Es la apertura y el don a todos los hombres. Jesús anuncia la Buena Nueva y él es la Buena Nueva.

En esta oración, en esta vida de Jesús, nos quiere meter a nosotros el Espíritu.

“Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20a)

1.6. Jesús nos enseña a orar

Jesús habla también de nuestra oración, y establece las bases, los contenidos, las expresiones.

- **Bases:** Dios es Padre de todos, escucha y se interesa por cada uno de sus hijos, y quiere hacerles el bien. Jesús es nuestro hermano y ora en nosotros y con nosotros.

- **Contenidos.** Son muchos: agradecimiento y alabanza, adoración, petición de perdón, petición de bienes espirituales y temporales.

- **Expresiones:** que sea sobria y sincera, humilde y confiada, perseverante; y que a las palabras acompañen las obras y la vida entera de la persona.

A lo largo de los evangelios, Jesús da numerosas enseñanzas sobre la oración. Destacaremos algunas:

- Orar para no caer en la tentación: Mt 26, 41 “Velad y orad, para que no caigáis en la tentación”
- Orar constantemente, sin desanimarse: Lc 18, 1-8
- Con fe auténtica: Mc 11, 22-23 “Tened fe en Dios. Yo os aseguro que quien diga a este monte: ‘Quítate y arrójate al mar’, y no vacile en su corazón, sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá”.
- Rezar para pedir el espíritu Santo: Lc 11,13
- Orar para cumplir la voluntad de Dios: Lc 22, 41-42
- Orar con confianza: Mt 7, 7 “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán”
- Rezar por los perseguidores: Mt 5, 44
- Orar para perdonar: Mc 11, 25; Lc 23, 34
- Orar en lo escondido: Mt 6, 6
- Pedir en el nombre de Jesús: Jn 14, 13 “Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo os lo daré, para que el padre sea glorificado en el Hijo”.
- Orar por los amigos: Jn 11, 41-42; Lc 22, 31-32
- Orar en grupo: Mt 18, 19 “Os aseguro también que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que sea, lo conseguirán de mi padre que está en los cielos”.
- Rezar siempre: Lc 21, 36 “Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza,...”

1.7. Orar en Cristo Jesús

Jesucristo es el camino hacia el Padre. Vino a indicarnos el camino, pero él mismo es el Camino que conduce al Padre.

Jesús dijo que todo lo que pidiéramos en su nombre, lo obtendríamos. La oración cristiana pasa por Jesús, pasa por la persona de Cristo. Cuántas veces hemos oído en las celebraciones litúrgicas, finalizar una oración diciendo:» por Jesucristo Nuestro Señor...». Nuestra oración debe pasar por Jesús, es Él quien nos establece en la auténtica filiación con Dios Padre, como verdaderos hijos de Dios.

Orar para nosotros, es dejarnos invadir por el Espíritu de Jesús para que nos identifique con Él y nos arrastre hacia el Padre. **La experiencia fundamental de todo cristiano será poder gritar unido a Cristo: “Abba», ¡Papá!**

1.7.1. Orar en Cristo según San Luis María de Montfort

Montfort, VD 61: “Por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo lo podemos todo: tributar al Padre en la unidad del Espíritu Santo todo honor y gloria; hacernos perfectos y ser olor de vida eterna para nuestro prójimo”.

Sólo en Cristo hemos sido bendecidos con toda bendición del Espíritu (Ef 1,3). Porque Él es el único Maestro que debe enseñarnos,
el único Señor de quien debemos depender,
la única Cabeza a la que debemos estar unidos,

el único Modelo a quien debemos asemejarnos,
el único Médico que debe curarnos,
el único Pastor que debe apacentarnos,
el único Camino que debe conducirnos,
la única Verdad que debemos creer,
la única Vida que debe vivificarnos
y el único Todo que en todo debe bastarnos.
Bajo el cielo, no tenemos los hombres otro diferente de él al que
debamos invocar para salvarnos (Hech 4,12).

2. La oración de María

María “conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2,19)

El icono más antiguo que se conserva de María la representa en actitud orante, con los brazos levantados hacia el Señor. María es la orante perfecta, figura de la Iglesia. La oración de la Iglesia está sostenida por la oración de María. La Iglesia se une a María en la esperanza (LG 68-69).

En la conciencia de la Iglesia, María permanece como la mujer creyente que vive en la oración y que comparte su alabanza con los hombres y mujeres de la tierra.

Al asomarnos a la vida de María descubrimos que toda ella fue una oración, porque orar es responder al amor de Dios y la vida de María fue una respuesta total. María nos enseña que la oración no se queda solo en ese rato de intimidad con Dios, en esos momentos que llamamos expresamente de oración, sino que, a lo largo del día, en cualquier instante, ella hacía oración.

“María está en oración, cuando el arcángel Gabriel viene a traerle el anuncio a Nazaret. Su “he aquí”, pequeño e inmenso, que en ese momento hace saltar de alegría a toda la creación, ha estado precedido en la historia de la salvación de muchos otros “he aquí”, de muchas obediencias confiadas, de muchas disponibilidades a la voluntad de Dios. No hay mejor forma de rezar que ponerse como María en una actitud de apertura, de corazón abierto a Dios: “Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras”. Es decir, el corazón abierto a la voluntad de Dios”¹.

El Señor se encarna, se hace hombre, en la experiencia de María, en aquel sí denso, real, que afecta a su cuerpo, a su fe, a su amor, a su trabajo. Y todo ello con el Espíritu.

2.1. María, mujer creyente

El compromiso de María consiste en conocer y reconocer a Jesús. Creer a Dios en Él. “Jesús será grande..., hijo del Altísimo”: profecía desmesurada que María creerá y vivirá desde el vaciamiento, desde la kenosis (Fp 2,5): “tomó la condición de esclavo”. María ofrece su persona a un Dios y a una tarea que va a consistir en amar y creer la historia como historia de salvación, aunque no lo parezca.

“Dichosa tú, que has creído”. Dichosa tú, pobre, porque tienes a Dios por Rey; limpia de corazón, porque verás a Dios. María tiene que creer en la Palabra, a través del silencio de Jesús; en la Omnipotencia, a través de la debilidad de Jesús; en el Reino a través del servicio del siervo Jesús; en la Bienaventuranza, a través de la marginación y la cruz. María cree a Dios en Jesús, a pesar de lo que oye decir de Él: blasfemo, hereje, incumplidor de la Ley, Beelzebú, impío, pecador, amigo de prostitutas, comilón, bebedor, etc. María, antes que “rezar” a Jesús, tenía que darle

¹ Papa Francisco. Catequesis del Papa: "La Virgen María, mujer de oración". Publicado el 18 de noviembre de 2020

de mamar, limpiarlo, educarlo, enseñarle, hacerle hombre, amar a su persona y su misterio. Creer.²

2.2. Orar “como María”

Siguiendo la pauta de los evangelios, destacamos algunos momentos.

- **Oración callada**

En el silencio escuchó la Palabra, hasta el punto de ser llamada ‘la virgen oyente de la Palabra’. Con su disponibilidad (“Aquí estoy”) se dejó hacer y se convirtió en la mujer construida sobre la gracia. Vivió y guardó las cosas de Dios en el corazón, ese espacio original de la oración, allí donde habita el Espíritu de Dios. Desde el don de Dios escudriñó los signos de los tiempos, interpretó y vivió los acontecimientos de la historia. “Avanzó en la peregrinación de la fe”. Todo lo vivió en medio del asombro y el estupor, que es propio de los Humildes.

«María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19). Así el evangelista Lucas retrata a la Madre del Señor en el Evangelio de la infancia. Todo lo que pasa a su alrededor termina teniendo un reflejo en lo más profundo de su corazón: los días llenos de alegría, como los momentos más oscuros, cuando también a ella le cuesta comprender por qué camino debe pasar la Redención. Todo termina en su corazón, para que pase la criba de la oración y sea transfigurado por ella. Ya sean los regalos de los Magos, o la huida en Egipto, hasta ese tremendo viernes de pasión: la Madre guarda todo y lo lleva a su diálogo con Dios. Algunos han comparado el corazón de María con una perla de esplendor incomparable, formada y suavizada por la paciente acogida de la voluntad de Dios a través de los misterios de Jesús meditados en la oración. ¡Qué bonito si nosotros también podemos parecernos un poco a nuestra Madre! Con el corazón abierto a la Palabra de Dios, con el corazón silencioso, con el corazón obediente, con el corazón que sabe recibir la Palabra de Dios y la deja crecer...»³

Cuando Jesús se queda en el templo la Virgen hace una oración llena de dolor. A lo largo de los 3 días sin Jesús cuántas veces le habría repetido dentro de su corazón: hijo, ¿dónde estás?, ¿qué ha pasado? “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les dijo”(Lc 2,41-47).

La oración silenciosa de la Virgen al pie de la Cruz. Cómo se le grabarían en el corazón los desprecios, las burlas, los azotes, las espinas, los clavos, la huida de los apóstoles, el rechazo a Jesús, la preferencia de Barrabás, las burlas de Herodes y la cobardía de Pilato, la lanzada, la muerte... Allí también su “fiat”.

En el silencio le creció la vida por dentro, hasta convertirse en la palabra de salvación comunicada y ofrecida a todos.

- **Oración hecha vida**

María es una especie de oración hecha persona. Lleva a flor de piel la inmensidad de Dios, el gozo de la salvación. Camina hacia los otros con Dios dentro y extiende, como nueva arca de la Alianza, el gozo y la novedad del Reino. Por ser adoradora del don de Dios puede ser comunicadora de los misterios de Dios, cuando encuentra en su prima Isabel un alma abierta a esos misterios. En la Visitación vemos la oración de alabanza que brota de María, ahí se ven los sentimientos de su

² JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE, sj. Unificación personal y experiencia cristiana, p. 241

³ Ibidem

corazón. Alaba a Dios porque Dios es grande y ella está feliz de que Dios sea así y de que se haya fijado en ella tan pequeña, tan pobre, tan esclava.

Mira la vida con los ojos de Dios, descubre las necesidades de los novios, y todo lo convierte en una oración de amor por los demás (intercesión): “No tienen vino”.

“Y Ella, reza y pide al Hijo que resuelva ese problema. La presencia de María es por sí misma oración, y su presencia entre los discípulos en el Cenáculo, esperando el Espíritu Santo, está en oración. Así María da a luz a la Iglesia, es Madre de la Iglesia. El Catecismo explica: «En la fe de su humilde esclava, el don de Dios encuentra la acogida que esperaba desde el comienzo de los tiempos» (CCE, 2617)⁴.

- **Oración eclesial**

En el grupo de creyentes, en el centro de la Iglesia, se destaca la presencia de María, haciendo posible el nuevo nacimiento. “Los apóstoles perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hechos 1,14).

“María reza con los discípulos que han atravesado el escándalo de la cruz. Reza con Pedro, que ha cedido al miedo y ha llorado por el arrepentimiento. María está ahí, con los discípulos, en medio de los hombres y las mujeres que su Hijo ha llamado a formar su Comunidad. ¡María no hace el sacerdote entre ellos, no! Es la Madre de Jesús que reza con ellos, en comunidad, como una de la comunidad. Reza con ellos y reza por ellos. Y, nuevamente, su oración precede el futuro que está por cumplirse: por obra del Espíritu Santo se ha convertido en Madre de Dios, y por obra del Espíritu Santo, se convierte en Madre de la Iglesia. Rezando con la Iglesia naciente se convierte en Madre de la Iglesia, acompaña a los discípulos en los primeros pasos de la Iglesia en la oración, esperando al Espíritu Santo”⁵.

En torno a María surge la unidad. Los que antes estaban enfrentados se unen ahora por el cariño y el cuidado de la madre. Parece que no hace nada, pero está atenta a los detalles y anima la esperanza y la plegaria del grupo.

María es la mujer experta en el Espíritu. Una vez lo recibió a solas; en Pentecostés, lo recibe junto con los hermanos de Jesús. Les ofrece su experiencia, su oración, su recuerdo de Jesús y su cariño.

Su Magníficat, es la oración por excelencia de María. Es un cántico que se ha convertido en la oración de la Iglesia en todos los tiempos. Es el cántico de los pobres.

Los dos protagonistas están cara a cara. María se presenta como la mujer pobre y humilde dispuesta a cantar a Dios. Dios es el que actúa, el que salva, el que llena el mundo de promesas, el amigo del hombre.

María descubre que Dios la mira con agrado y que mira con agrado a todos los pequeños de la tierra. La oración de María está llena de nombres, porque su vida lo está. Su corazón se ha ensanchado por el amor, hasta convertirse en la Madre de todos.

Por la cooperación singular de María en el misterio de la salvación, la Iglesia ha desarrollado la oración a la Madre de Dios: Por una parte, engrandeciendo al Señor por las maravillas que ha hecho en su humilde sierva, por otra, confiando a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de los hijos de Dios.

⁴ ibidem

⁵ ibidem

Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la oración del Avemaría.

Frente al hombre que se esconde ante Dios y no responde a su pregunta dolorida: ‘¿dónde estás?’, el “aquí estoy” de María.

Frente a la desnudez y soledad del hombre que quiere vivir sin Dios, la actitud de María de dejarse llenar de su gracia.

Frente a la culpabilización interminable a los otros, el descubrimiento que hace María de las maravillas de Dios en los demás (“ahí tienes a tu pariente Isabel”).

Frente al poder del mal que aplasta a los pobres, la actitud de María que pisotea a la serpiente.

Frente al lamento pesimista, el Cántico Nuevo de María.

La vida de María –como la de Jesús, explicitada en el Evangelio- la podemos contemplar tejida de humanidad orante, amorosa, creyente. La Iglesia nos propone orar con los Misterios del Rosario. San Luis María de Montfort nos dice: “... unir la oración vocal con la mental mediante la recitación del santo rosario y la meditación de los quince misterios encerrados en él” ASE 193

“Que el alma de María esté en cada uno para alabar al Señor; que su espíritu esté en cada uno para que se alegre en Dios”. (San Ambrosio).

2.3. Vivir marianamente nuestra consagración a Cristo Sabiduría en la oración

San Luis María de Montfort nos propone que vivamos la Consagración a Cristo, de manera mariana, es decir en María, por María, con María y para María. Unidos a Ella, por la acción del Espíritu Santo, a través de nuestra oración y contemplación se irán impregnado progresivamente en nosotros los rasgos de Cristo.

¿Por qué vivir nuestra oración en María, por María, con María y para María?

Porque:

- “En esta amabilísima creatura no hallarás sino a Dios solo, un Dios infinitamente santo y trascendente y,, a la vez, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad... SM 20
- María está totalmente orientada hacia Dios... nos encamina hacia Dios y nos une con Él... SM 21
- “La divina María... la fidelidad a su amor fue tan perfecta, que cautivó la admiración no sólo de toda la corte celestial, sino del mismo Dios. Su humildad, profunda hasta anonadarse, le encantó; su pureza, del todo divina, le atrajo; su viva fe y sus frecuentes y tiernas oraciones le hicieron violencia; la Sabiduría se vio amorosamente vencida por tan amorosas insistencias ... ASE 107
- “María, por su plegaria poderosa y su divina maternidad, obtiene de Jesús todo cuanto quiere...” ASE 205-206